

¿Qué tipo de globalización?

Artículo publicado en <http://www.ciudadnueva.com>

Los grandes de la Tierra dialogaban en el Forum de Davos (Suiza), mientras en Porto Alegre (Brasil) se llevaba a cabo una cumbre social.

La propuesta solidaria de Alberto Ferrucci

Gobernantes, economistas, banqueros, hombres de negocios y directivos de industrias de todo el planeta intercambiaban pareceres, a finales de enero, acerca de un tema: "Sostener el crecimiento y reducir las diferencias. Un marco para nuestro futuro mundial". Estamos hablando de ese importante vértice conocido como Forum Económico Mundial que, desde hace más de treinta años, se viene celebrando en Davos, una pequeña localidad suiza.

«Cuanto más interdependiente es el mundo, más vulnerable es. Cuanto mayores son nuestras posibilidades, mayor es nuestra responsabilidad», recordaba Moritz Leuenberger, presidente de la Confederación Suiza, dirigiéndose a los cuatro mil participantes, preocupados porque la new economy ya no es tan fulgurante y porque la economía americana no crece tanto. La globalización y sus contradicciones han "encosertado" las reflexiones de los ponentes. No en vano Davos estaba tan blindada, que las manifestaciones de protesta estallaron en Zurich.

Al mismo tiempo, en Porto Alegre (Brasil) se realizaba un vértice alternativo, el primer Forum Social Mundial, para contestar la lógica de la "globocolonización", neologismo acuñado para esa ocasión.

Y de allí partía una doble acusación: la globalización tiene una red tecnológica por la que sólo pasan las finanzas; el modelo económico subyacente es de corte occidental. Por eso crece el desequilibrio y se corre el riesgo de alterar los procesos productivos de países distintos entre sí.

Y hubo dos peticiones: ofrecer a los países en vías de desarrollo la posibilidad de exportar sus productos a los países industrializados (que ponen restricciones); evitar que las diferencias en el acceso a la tecnología (el llamado digital divide) hagan aún más difícil la posibilidad de salvar las distancias entre el primer mundo y el resto. A este respecto, el secretario de la ONU, Kofi Annan, consiguió la disponibilidad de las grandes multinacionales de cara al compromiso de reducir el desnivel tecnológico y cultural. Esperemos que no se quede todo en buenos propósitos.

«Falta la combinación entre globalización y solidaridad –comentaba el economista Alberto Quadrio–. El actual proceso de cambio es grande y exige una atención extrema. Impedir que se produzca sería provocar un daño, y los primeros en pagar las consecuencias serían los países menos aventajados».

En las reuniones internacionales que pretenden reflexionar sobre los problemas de la economía mundial, se termina hablando siempre de las emergencias. Esta vez era el turno de la ralentización de la economía americana y sus consecuencias en el resto del mundo. Es lógico que sea así en un panorama planetario que se basa en un sistema de libre mercado, cuyo objetivo es el interés de sus operadores a corto plazo. Pero también es la única alternativa a esa beligerante manera de relacionarse, que no podría ser solidaria de otra manera.

En los sistemas políticos propios del contexto del libre mercado, los gobernantes disponen a lo sumo de cinco años y son conscientes de que, por lo general, las decisiones que les dictaría “la diligencia del buen padre de familia” no les aseguraría un nuevo mandato de gobierno.

De esta forma, salvo raros estadistas que desempeñan su cargo de forma heroica, nunca se toman decisiones fundamentales. Por eso, las consecuencias son inevitables: empeora el clima, tenemos crisis petrolera y “vacas locas”, sólo por citar situaciones actuales que dependen de las omisiones de los hombres. Dichos fenómenos alcanzan dimensiones descomunales debido a una globalización que carece de reglas adecuadas, provocando que la concentración de la riqueza conviva con la miseria, las enfermedades, el morir de hambre y, sobre todo, la falta de esperanza en el futuro que tienen muchísimos jóvenes.

Surge entonces una pregunta: ¿cómo introducir en esta economía y en esta política de “muerto y escapo” elementos que salvaguarden intereses personales y colectivos a largo plazo, que también sean válidos para nuestros nietos? La ONU también insiste en ello: es necesario encontrar «recursos para invertir a largo plazo».

¿De qué forma? Una propuesta podría ser que nuestra generación constituya un “fondo para los jóvenes del mundo”, en el que se asegure su salud, su instrucción y un ambiente en el que se pueda vivir. Dicho fondo podrían gestionarlo los distintos sectores de la sociedad civil.

Concretamente, sus inversiones podrían estar orientadas en tres direcciones. La primera consistiría en asegurar a los jóvenes del mundo con dificultades un “préstamo de honor”: un dólar al día durante treinta años para los que van a la escuela. La segunda, financiar con un préstamo de 50 años la construcción y gestión de estructuras sanitarias y educativas en países que carezcan de ellas. La tercera, adquirir importantes participaciones en empresas depositarias de conocimientos de interés general, de forma que se puedan encaminar a la utilidad común, así como derechos de mantenimiento de áreas forestales y reservas naturales. Y en los momentos de superávit y de precios bajos, adquirir incluso yacimientos de petróleo, de gas y de minerales, para estabilizar los precios de las materias primas a un nivel justo.

¿Quién invertiría recursos en unos fondos que sólo tendrán liquidez al cabo de cincuenta años? Sería necesario que la comunidad económica y política internacional, hoy tan contestada y tan impopular, decidiese una suscripción obligatoria a dichos fondos, por el importe correspondiente al uno por mil, en cada movimiento financiero entre naciones. Dicho movimiento, en más de un 90% de los casos, está constituido por maniobras especulativas, una actividad que actualmente no está sujeta a ninguna imposición fiscal y que, en parte, es responsable del aumento de los intereses sobre las deudas internacionales de los países en vías de desarrollo.

No se trataría de un impuesto –que muchos rechazarían–, sino de contribuir con una cuota a un fondo financiero a largo plazo, que hasta se podría revender en el mercado, incluso inmediatamente y a un precio inferior.

¿Se trata de una utopía? Tal vez. Pero si no queremos que el mundo se transforme en una “entifada global”, algo habrá que hacer. Tanto más si, como parece, invertir en conocimiento, recursos naturales y ambiente puede convertirse en un buen negocio a largo plazo.

El economista Paul Krugman sostiene que dentro de cincuenta años el poder económico consistirá en poseer materias primas y exclusivas en sistemas de producción no contaminantes. Los sistemas que sigan siendo inevitablemente contaminantes podrán seguir funcionando, pero pagarán penalizaciones tan altas, que resultará superfluo cualquier otro impuesto.